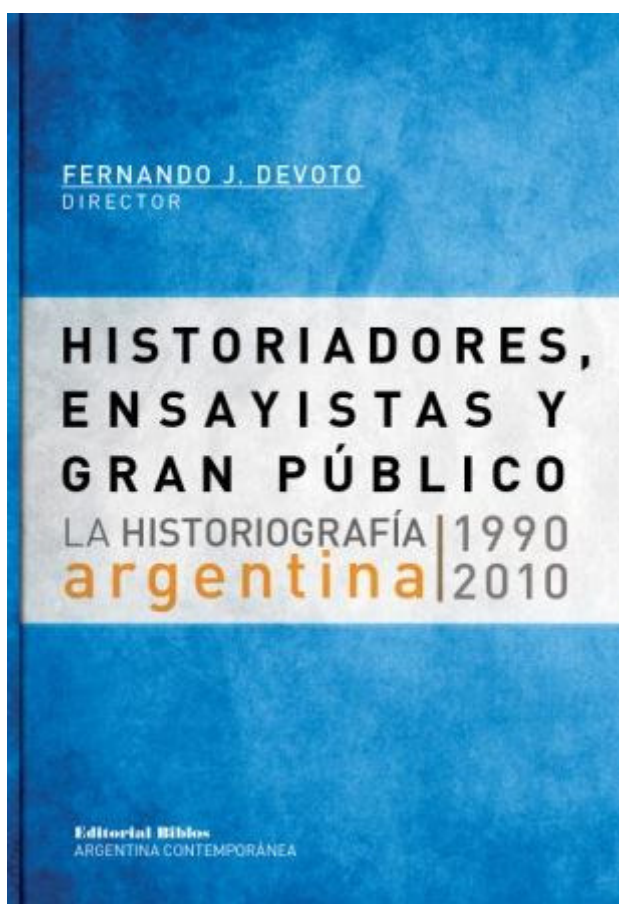


DEVOTO, Fernando (director), *Historiadores, ensayistas y gran público. La historiografía argentina, 1990-2010*, Buenos Aires, Biblos, 2010, 139 págs. ISBN 978-950-786-778-1

Francisco J. Reyes
 Universidad Nacional del Litoral¹



La primera impresión que despierta el libro que nos convoca es que forma parte de una secuencia de obras referidas a la historia de la historiografía argentina que tienen a su compilador como principal animador, aunque no todas pertenezcan a una misma colección. Esa continuidad que advertimos en una línea de investigación se evidencia en el análisis de ciertos temas revisitados y en la coincidencia de varios de sus colaboradores². En este caso, los trabajos reunidos son el resultado de ponencias presentadas en eventos organizados por el Programa de Investigaciones sobre Historiografía Argentina del Instituto Ravignani, en el marco del proyecto “La historiografía en los últimos veinte años”.

Historiadores, ensayistas y gran público se presenta como una obra colectiva que intenta ofrecer, creemos de forma exitosa, un panorama general de la producción historiográfica desarrollada en las últimas décadas en nuestro país, girando alrededor de ciertos temas y problemas más o menos puntuales. Efectuaremos primeramente algunos

comentarios generales en torno al libro antes de desagregar los contenidos de los distintos artículos que lo componen. Un primer aspecto que merece ser resaltado es que subyace a lo

¹ Recibido: 10/02/2011

Aceptado: 13/03/2011

² De las obras de historiografía argentina en las que Fernando Devoto oficia como editor, compilador o director, individualmente o junto a otros historiadores, nos referimos puntualmente a *La historiografía argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, dos tomos, 1993-1994; *Estudios de historiografía argentina*, Buenos Aires, Biblos, dos tomos, 1997; y *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblos, 2004; además de la reciente obra de síntesis escrita junto a Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

largo del texto una suerte de balance, que sigue a determinados diagnósticos, que puede oficiarse como punto de partida para futuras empresas de los historiadores profesionales, que son sus naturales destinatarios. Lo que no puede dejar de relacionarse con el hecho de que la obra haya visto la luz en un momento lo suficientemente significativo como es el año del Bicentenario.

Así, se elaboran diagnósticos antes que conclusiones, la mayor parte de los cuales versan acerca de las condiciones en que se lleva adelante el quehacer historiográfico profesional. Esta importancia asignada a la reflexión sobre la propia disciplina se revela como un objetivo común al conjunto de los autores convocados. Si, como expresa Devoto, ello implica pensar el pasado estando involucrado en él (y en el caso de la *historia reciente* ello es más evidente), a la par involucra el respeto de las reglas del ejercicio profesional de la disciplina y de los criterios de legitimación de la producción historiográfica, imperativos que el libro asume cabalmente. En cuanto al primero de esos aspectos, en el desarrollo de los análisis de François Hartog, Luis Alberto Romero y Eduardo Hourcade, por ejemplo, se hace patente el registro de la primera persona del singular como signo de dicho involucramiento.

En términos formales, la obra consta de dos tipos de trabajos. Los cuatro primeros se avienen a las características del ensayo, con una opinión más libre y aligerada del aparato erudito, mientras que los últimos tres se presentan como investigaciones empíricas sustentadas en análisis cualitativos y cuantitativos. De este modo nos encontramos que tiene dos partes claramente diferenciadas en su estructura, con trabajos que presentan diversidad de enfoques y criterios, lo que no constituye un obstáculo para la unidad y coherencia general del texto.

En el Prefacio Devoto plantea ya una pregunta/diagnóstico que recorre subrepticamente el resto de los artículos: no hay duda de que la actual historiografía argentina está experimentando cambios, pero éstos serían signos, ¿de una crisis o una transformación? Optando poco después por el segundo de los términos, nos informa que no se trataría de un fenómeno localizado en cierto contexto nacional, sino que formaría parte de una realidad común a la historiografía occidental y el texto de Hartog, está para confirmarlo.

En la intervención del historiador francés, titulado “El historiador en un mundo *presentista*”, campea cierto pesimismo inicial debido a lo que entiende es una falta de adaptación de los historiadores a las condiciones contemporáneas de su labor profesional, problemática que instala al plantearse la pregunta sobre cuál sería el lugar y la función del historiador en un mundo en el que la categoría de “presente” se ha vuelto dominante. Denomina semánticamente “presentismo”, a esta experiencia contemporánea del tiempo. Teniendo en cuenta estas condiciones de ejercicio del oficio propone, desde lo que llama una “perspectiva crítica”, un elemento heurístico de investigación: la noción de *régimen de historicidad*. Ella daría cuenta de las diferentes maneras en que se articulan las categorías del pasado, del presente y del futuro en una determinada época. El objetivo del *régimen de historicidad* -herramienta del historiador y no realidad dada- no sería otro que captar las especificidades de las diversas experiencias, crisis o brechas del tiempo, lo que en la actualidad debería conllevar la necesidad de cuestionar, precisamente, la evidencia masiva de esta contemporaneidad en el “presentismo”, en tanto régimen predominante.

Hartog analiza una serie de palabras clave instaladas en la opinión pública que caracterizarían al “presentismo”: *presente, memoria, conmemoración, patrimonio, identidad, globalización*. En paralelo existirían, además, un conjunto de figuras que compiten con el historiador en lo que denomina nuestro tiempo “mediático” o de “historización rápida”: el testigo, el legislador, el juez, los medios de comunicación, etc.. Por otro lado, deja en claro que las preguntas y los términos del debate actual tienen indudablemente una incidencia en las orientaciones de la investigación, la movilización mediática y la percepción del historiador en el espacio público, de allí que, interpelado por este nuevo régimen de historicidad, deba “presentificarse” para ser reconocido en la sociedad. En un recorrido algo intrincado de lo que ello representaría, el artículo termina planteando que la *memoria*, momentánea vencedora de la

historia, se erigiría a la vez en respuesta y síntoma del “presentismo”, de modo que la conclusión del autor aparece como proposición, a saber, pasar del “tiempo en cuestión” al “tiempo como cuestión”, a través del *régimen de historicidad*, planteándose el mismo Hartog como historiador del presente.

“¿El fin de la historia social?”, pregunta con que Luís Alberto Romero encabeza su trabajo, actúa casi como un prisma para analizar las corrientes predominantes de la historiografía académica argentina en el último medio siglo, concentrando su atención en dos momentos que en realidad son tres: 1958/1966, 1966/1983 y desde esa fecha hasta aquí; periodización que coincide con los tiempos político-institucionales del país. A continuación, se plantea una segunda y sugestiva pregunta, ¿qué es y qué fue la “historia social”?, y las comillas aquí están en función de su triple respuesta: constituiría a) un campo temático específico, b) la aspiración a una “historia total” (en el sentido que le otorga Hobsbawm) y también es susceptible de pensarse como c) perspectiva articuladora para abordar otro tipo de problemas. A lo largo del trabajo, Romero se propone pivotar en esas tres dimensiones, señalando los momentos en que prevaleció una u otra por sobre las demás. En el primero de esos momentos, período de renovación académica e intelectual que sucedió a la caída del peronismo, la primera historia social fue para Romero una “formación”: un movimiento de historiadores que se identificaba con una renovación historiográfica en oposición, tanto a la institucionalizada “historia académica” como a la historia militante; oposición que otorgaba unidad a un grupo heterogéneo y con múltiples influencias. No era un campo temático, nos dice, sino una aspiración a capturar la totalidad del proceso social según un esquema tripartito de economía-sociedad-política.

El golpe de Estado de 1966 implicó, como inicio del segundo momento, la cuestión del exilio en los contextos dictatoriales y el intento de los historiadores que lo sufrieron de conectarse con las tendencias historiográficas del mundo occidental, lo cual supuso un cambio en los sentidos de la historia social. Romero plantea que, pese al mínimo anclaje institucional de los historiadores sociales debido a las obvias condiciones adversas, fueron años de colecciones relevantes en las que no dejaron de participar, así como de libros que devendrían en paradigmáticos, tal es el caso *Revolución y Guerra*, de Tulio Halperín Donghi, o *La Pampa Gringa*, de Ezequiel Gallo. Sin embargo, estos casos se presentaron como versiones maduras de la primer historia social y en perspectiva, serán versiones *avant la lettre* de la “nueva historia política”. Este fugaz momento de auge se dio así cuando el devenir de la producción historiográfica comenzaba a decantarse en tendencias en donde se combinaron de forma acompasada la delimitación de campos temáticos específicos -relegando a un segundo plano la “perspectiva social”- y la profesionalización académico-institucional de los historiadores.

El recorrido propuesto por el autor plantea a 1983 como un partaguas para la historia social en particular y el campo historiográfico argentino en general, al consolidarse esas tendencias que se habían iniciado durante la última dictadura militar. Llegado el nuevo siglo Romero esboza un balance crepuscular: “[i]nstalada en el sentido común, la ‘historia social’ ya no es más una bandera de combate. Se trata de un triunfo, pero de un triunfo tan ambiguo como paradigmático” (p. 35). La historia social, aventura, reina ahora pero como instancia de articulación de las nuevas *vedettes* de la producción historiográfica (la historia intelectual, la historia de las representaciones y fundamentalmente la nueva historia política). De esta forma, el final de una idea de la historia social podría ser el comienzo promisorio de otra.

El trabajo de Nora Pagano se ocupa de analizar los distintos aspectos de la dinámica de la historiografía postransicional en la Argentina. Las principales características, al ir adquiriendo una lógica propia como campo diferenciado, serían su “profesionalización plena” y su “normalización disciplinar”. El proceso de renovación historiográfica consignado se habría efectivizado en el contexto de otro más general experimentado en la historiografía internacional, y el producto sería la llamada “nueva historia”. Asimismo, ese proceso de la “institución historiográfica” es presentado como desdoblado en un doble movimiento paralelo de

“estructuración hacia adentro” y “desestructuración hacia afuera”, consistiendo, el primero, en la progresiva articulación interna de la comunidad de historiadores profesionales y la segunda, en un progresivo distanciamiento de la sociedad, lo que repercutiría en la legitimidad social del saber historiográfico profesional. Aquí Pagano advierte la presencia de algunos de los actores que habrán de competir con los historiadores, que hemos visto consignados en el trabajo de Hartog: ensayistas, militantes, periodistas, etc..

El punto de partida del artículo se hunde en la dinámica intelectual durante la última dictadura, lo que la lleva a afirmar que parte de los lineamientos post-1983 proceden de las “*penumbras*” y las “*catacumbas*”, “*esas empresas poco visibles que ensayaban las fórmulas de un relevo considerado inexorable*” (p. 39), creándose y consolidándose redes académicas en centros de investigación privados donde se gozaba de una mayor libertad intelectual que en las instituciones estatales. Desde esa dimensión institucional, Pagano analiza la convergencia que se dio en los años ’80 en torno a la universidad pública, para enfocarse luego en los aspectos normativos emanados desde el Estado nacional en la década siguiente y su impacto en el medio historiográfico local; una reforma operada “*desde arriba*”, que puso el eje en el papel de las agencias estatales de regulación de la investigación científica y técnica, lo que habría redundado en un fenómeno de (re)profesionalización dentro del campo historiográfico, con un efecto superficialmente “normalizador” que actuó sobre una realidad concreta más heterogénea.

Otro aspecto destacado del análisis de la autora está dado por un completo paneo de los enfoques que caracterizan a la “nueva historia”. Esta renovación historiográfica comenzó a ocuparse de fenómenos como la historia oral, la vida privada, la sociabilidad, los movimientos sociales y, como ejemplo de los avances más resonantes, la “nueva historia política”, que sería cada vez más una “historia cultural de la política”. La reducción de la escala de análisis, existiendo gran cantidad de investigaciones abocadas a fenómenos de carácter local, provincial o regional y una modificación de las cronologías tradicionales, en función de los nuevos objetos de investigación y perspectivas adoptadas son, para la autora, otras tantas consecuencias de la renovación. Aquí la cuestión de la *historia reciente* es singularizada al tenerse en cuenta sus implicancias ético-políticas, epistemológicas y conceptual-metodológicas. Finalmente, en el artículo se plantea que de acuerdo a los públicos al cual está dirigida la historiografía académica de los últimos años, puede postularse una tipología que discrimina las producciones según estén dirigidas a los mismos historiadores, a la alta divulgación o a la divulgación de carácter masivo.

Eduardo Hourcade realiza por su parte, una suerte de reseña general de una de las colecciones de historia más prestigiosas actualmente en circulación en el ámbito de la “historia universitaria” -al decir del mismo autor. Se trata de la Biblioteca del Pensamiento Argentino, dirigida por Tulio Halperín Dongui. Allí revela la centralidad que ha adquirido la historia política y una de las vías para el abordaje de la misma, el no poco problemático tema del “pensamiento argentino”. Cotejando esta colección con otra, también dirigida por Halperín en los años ’70, el autor advierte que el “giro culturalista” observado en la más reciente de ellas permite entender la preponderancia mencionada más arriba de la que goza la historia política, tónica reforzada ahora por la inclusión de referentes provenientes del mundo de las letras y los estudios culturales, como es el caso de Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano. En otro registro, nos informa sobre los avatares de una empresa colectiva, ya que la colección implicó para cada volumen una selección documental, lo que dio como resultado una heterogeneidad de fuentes para los estudios preliminares que encontró su origen en los criterios sensiblemente disímiles sustentados por los distintos autores para reconstruir el “pensamiento argentino” del período que les tocaba narrar. La unidad de la colección vendría dada por un énfasis general puesto en la diversidad de voces y en los sucesivos conflictos que hacen vívidos unos estudios preliminares donde las palabras de los actores históricos intervienen en disputas que siempre remiten a algún tipo de poder.

En cuanto al trabajo de García Moral, su propósito es, como lo explicita su título -“El *revisionismo* en los 80 y 90”- brindar una aproximación inicial a las trayectorias

institucionalizadas de este amplio movimiento, proponiendo problematizar su supuesta unidad y reflexionar sobre su evolución historiográfica en una etapa suya poco estudiada. En el artículo se argumenta que la última dictadura militar y posteriormente la reapertura democrática sacaron a la luz los caminos diversos por los que discurría esa corriente, en donde se ve que el destino de los revisionistas “rosistas” tradicionales fue casi opuesto al de los que se filiaban en las huestes de la izquierda nacional; ya sea por su proximidad al Estado o por la capacidad de sus espacios institucionales de sociabilidad intelectual y política para contenerlos en la unidad, estableciéndose en algunos casos acercamientos a otras tendencias y en otros sucesivas disidencias y rupturas (como los principales referentes de los revisionistas de izquierda) alimentadas fundamentalmente por estrategias y elecciones de tipo más estrictamente políticas. Por otro lado, la autora lleva adelante un minucioso análisis cualitativo y cuantitativo de las publicaciones del revisionismo de corte más conservador, en donde advierte la escasez de debates desarrollados a su interior, lo que daría cuenta, por un lado, de cierto arcaísmo temático (privilegiándose una clásica perspectiva institucional) y, por otro, de su virtualmente inexistente interlocución con la historia universitaria.

Tomando como punto de partida la recobrada dimensión social que adquirió la figura de Rosas a raíz de la repatriación de sus restos decretada por el entonces presidente Menem y la inauguración de un monumento dedicado a su persona diez años después, Julio Stortini propone un análisis acerca del fenómeno rosista según su recepción en los medios de comunicación y por las actividades y redes que se pusieron en funcionamiento alrededor de su reivindicación. Al respecto, el trabajo se encarga de dejar en claro que ambos acontecimientos no dejaron de constituir sendos casos de “usos político del pasado” por parte del menemismo, en un intento de colocarse por encima de las diferencias históricas y políticas, en el contexto de los decretos presidenciales que indultaron a militares y civiles involucrados en el terrorismo de Estado y acciones guerrilleras.

Demostrando que la reivindicación del rosismo en esos años no fue un hecho poco significativo, un punto interesante a destacar para Stortini es la ausencia de la voz de los historiadores profesionales en dichas coyunturas, un llamado a silencio que parecería más un “olvido” voluntario y que revelaría cierta apatía de éstos, en particular, y de los intelectuales, en general, a la hora de participar en la vida pública de esos años, diagnóstico epocal ya resaltado en otros trabajos de la compilación. El artículo concluye planteando la necesidad de matizar la supuesta irrelevancia del revisionismo para la década de 1990, ya que al no reducirse la reivindicación de Rosas a una mera operación política del gobierno, ella estaría reflejando el genuino arraigo de esa tradición en el peronismo y amplios sectores de la sociedad.

En “Los relatos exitosos sobre el pasado y su controversia”, Martha Rodríguez sostiene que la crisis de 2001 y la búsqueda de respuestas por ella suscitada en la sociedad generaron un terreno fértil para los ensayos históricos de divulgación, devenidos varios de ellos en *best-sellers*. Centrándose en los dos referentes más exitosos de este género, los libros de Jorge Lanata y Felipe Pigna, se destaca la existencia de una serie de características comunes (el estar pensados para un público no académico y ser producidos con una actitud distinta a la de la “academia”, su lenguaje coloquial y su gran difusión mediática y éxito editorial), sobre todo su pretensión de “buscar las claves del presente en el pasado”. La principal pregunta que generó este fenómeno en el campo historiográfico fue, al decir de la autora: ¿quiénes son las voces autorizadas para hablar del pasado y en qué basan su legitimidad?

En su desarrollo, Rodríguez no se priva de efectuar críticas y juicios valorativos de ambas obras, haciéndose eco de los emitidos por historiadores universitarios, críticas que estribarían en su deliberada proyección sobre el pasado de formas de pensar y de actuar propias del presente, en detrimento de las especificidades de cada época. Asimismo, encuentra paradójico el hecho que los ensayos que, supuestamente, vienen a revelar los males del país terminen por no avanzar ninguna alternativa. En suma, según concluye constituyen una interpretación del pasado acorde con un clima de época imperante en el público de inicios del

nuevo siglo, con escasas esperanzas en el futuro y sed de responsables históricos. Al igual que en Pagano y Stortini, se explicita que la opinión de los historiadores profesionales tuvo poco eco en esa opinión pública avivada por la crisis, lo que no sería el caso de una pléyade de periodistas, políticos y ensayistas que se ocuparon en esos años de temas históricos, pese a que aquellos cuestionaran el lugar ocupado en el gran público por estos autores, achacándoles su falta de respeto por el *métier*. Ocupándose finalmente de las respuestas ofrecidas por los mismos Lanata y Pigna a esas críticas, la autora esboza un cierre sugerente: “Para unos y otros los relatos contruidos sobre el pasado no se validan de la misma manera”, siendo para unos “las reglas de la disciplina” y para los otros “el veredicto del público” (p. 134).

Nos referiremos finalmente a un par de cuestiones que entendemos son de consideración para la lectura de la presente obra. Por un lado, de acuerdo a las periodizaciones explicitadas, salta a la vista el peso que adquirieron los tiempos político-institucionales en la actividad historiográfica de nuestro país, lo que amplía en parte el recorte temporal propuesto en el subtítulo. Por otro, la compilación resalta el hecho que el “gran público” aparece actualmente como un destinatario entre descuidado y esquivo para los historiadores profesionales -y aquí sería mejor referirnos a historiadores “universitarios”, según nos propone Hourcade-. Sin embargo, no por ello aquel deja de ser objeto de interpelación en medio de lo que hace ya muchos años Lucien Febvre denominó los “combates por la historia”. En este sentido, el libro que reseñamos, y sus autores, participaron de la dinámica de su “contexto de edición”. El mismo dialoga entonces en el clima del Bicentenario, en el cual no han sido pocos los historiadores convocados o que intervinieron voluntariamente en las conmemoraciones que lo rodearon, múltiples actividades mediáticas, políticas y académicas promovidas por el Estado nacional en unos casos o en forma independiente otras. En última instancia, podemos decir con Devoto que en el contexto actual *“los avatares de la profesión no dependen sólo ni principalmente de ellos - en referencia a los historiadores profesionales- así como que ellos tampoco pueden reclamar con éxito un monopolio en el papel de mediadores entre pasado y presente”* (p. 10).

Palabras clave: campo historiográfico - historiografía - historia reciente - divulgación histórica

Key Words: historiographic field - Historiography - Contemporary History - historical divulgence